



naturaleza
y libertad
revista de filosofía

Para la publicación de este número se ha contado con la ayuda
financiera de las siguientes instituciones:
**Departamento de Filosofía y Lógica y Filosofía de la Ciencia
de la Universidad de Sevilla**
Asociación de Filosofía y Ciencia Contemporánea. Madrid

EL AJUSTE FINO DE LA NATURALEZA.
REPLANTEAMIENTOS CONTEMPORÁNEOS DE LA
TEOLOGÍA NATURAL

Número Monográfico de
NATURALEZA Y LIBERTAD
Revista de estudios interdisciplinarios

Número 5

Málaga, 2015

Esta revista es accesible *on-line* en el siguiente portal:

<http://grupo.us.es/naturalezayl>

Naturaleza y Libertad

Revista de estudios interdisciplinarios

Número 5 ISSN: 2254-96682014

Directores: Juan Arana, Universidad de Sevilla; Juan José Padial, Universidad de Málaga; Francisco Rodríguez Valls, Universidad de Sevilla.

Secretario: Miguel Palomo, Universidad de Sevilla

Consejo de Redacción: Jesús Fernández Muñoz, Universidad de Sevilla; José Luis González Quirós, Universidad Juan Carlos I, Madrid; Francisco Soler, Universität Dortmund / Universidad de Sevilla; Pedro Jesús Teruel, Universidad de Valencia; Héctor Velázquez, Universidad Panamericana, México.

Consejo Editorial: Mariano Álvarez, Real Academia de Ciencia Morales y Políticas; Allan Franklin, University of Colorado; Michael Heller, Universidad Pontificia de Cracovia; Manfred Stöcker, Universität Bremen; William Stoeger, University of Arizona.

Consejo Asesor: Rafael Andrés Alemañ Berenguer, Universidad de Alicante; Juan Ramón Álvarez, Universidad de León; Avelina Cecilia Lafuente, Universidad de Sevilla; Luciano Espinosa, Universidad de Salamanca; Miguel Espinoza, Université de Strasbourg; Juan A. García González, Universidad de Málaga; José Manuel Giménez Amaya, Universidad de Navarra; Karim Gherab Martín, Urbana University, Illinois; Martín López Corredoira, Instituto de Astrofísica de Canarias; Alfredo Marcos, Universidad de Valladolid; María Elvira Martínez, Universidad de la Sabana (Colombia); Marta Mendonça, Universidade Nova de Lisboa; Javier Monserrat, Universidad Autónoma de Madrid; Leopoldo Prieto, Colegio Mayor San Pablo, Madrid; Ana Rioja, Universidad Complutense, Madrid; José Luis González Recio, Universidad Complutense, Madrid; Javier Serrano, TEC Monterrey (México); Hugo Viciano, Université Paris I; Claudia Vanney, Universidad Austral, Buenos Aires; José Domingo Vilaplana, Huelva.

Redacción y Secretaría:

Naturaleza y Libertad. Revista de estudios interdisciplinarios. Departamento de Filosofía y Lógica. Calle Camilo José Cela s.n. E-41018 Sevilla. Depósito Legal: MA2112-2012

☎ 954.55.77.57 Fax: 954.55.16.78. E-mail: jarana@us.es

© Naturaleza y Libertad. Revista de Filosofía, 2015

ÍNDICE

EL AJUSTE FINO DE LA NATURALEZA. REPLANTEAMIENTOS CONTEMPORÁNEOS DE LA TEOLOGÍA NATURAL

Miguel Acosta (U. CEU S. Pablo), <i>Neuroteología. ¿Es hoy la nueva teología natural?</i>	11
Javier Hernández-Pacheco (U. Sevilla), <i>Filosofía y ciencia. Propuesta de una solución hermenéutica al problema de su discontinuidad</i>	53
Alejandro Llano (U. Navarra), <i>Metafísica de la Creación</i>	67
Martín López Corredoira (I. A. Canarias), <i>Ajuste fino: Nueva versión del mito del Dios-relojero para tapar agujeros en el conocimiento científico</i>	83
Miguel Palomo (U. Sevilla), <i>¿Necesitamos una teología natural ramificada?</i>	95
Francisco Rodríguez Valls (U. Sevilla), <i>¿Por qué no el paradigma teísta? Un diálogo con La mente y el cosmos de Thomas Nagel</i>	107
Francisco Soler Gil (U. Sevilla), <i>¿Es el ajuste fino del universo una falacia? Apuntes sobre el debate entre Victor Stenger y Luke Barnes</i>	119
José María Valderas (Barcelona), <i>Ajuste fino y origen de la vida</i>	133
Héctor Velázquez Fernández (U. Panamericana, México), <i>¿Es el cosmos realmente un objeto?</i>	239
Juan Arana (U. Sevilla), <i>De ajustes finos, tapones cognitivos y diferencias ontológicas</i>	257

ESTUDIOS

Rafael Andrés Alemañ Berenguer (U. Alicante), <i>Del equilibrio al proceso: evolución epistemológica de la termodinámica clásica</i>	285
Iliá Colón Rodríguez (Madrid), <i>Kant y Darwin. Crisis Metafísica</i>	315
José Angel Lombo (U. Santa Cruz, Roma), José Manuel Giménez Amaya (U. Navarra), <i>Cuerpo viviente y cuerpo vivido. Algunas reflexiones desde la antropología filosófica</i>	357

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

Thomas Nagel, <i>La mente y el cosmos</i> , Biblioteca Nueva, Madrid, 2014 (José Antonio Cabrera Rodríguez).....	389
---	-----

DE AJUSTES FINOS, TAPONES COGNITIVOS Y
DIFERENCIAS ONTOLÓGICAS
(About Fine-Tunings, Cognitive Plugs and
Ontological Differences)

Juan Arana

Universidad de Sevilla

Resumen: La legitimidad de la teología natural, un género filosófico de raigambre milenaria, ha sido impugnada a partir del siglo XVIII tanto por científicos de sesgo naturalista como por filósofos amantes de la metafísica especulativa. Dos ejemplos contemporáneos de estas actitudes los representan Martín López Corredoira y Javier Hernández Pacheco. En este artículo se examina y evalúa la validez de sus críticas.

Palabras clave: Teología natural, ciencia, metafísica.

Abstract: Abstract: The legitimacy of natural theology, a philosophical genre with millenary roots, has been challenged since the XVIIIth century by both scientist with a naturalist orientation and philosophers that opt for speculative metaphysics. Two contemporary examples of these approaches are represented by Martín López Corredoira and Javier Hernández Pacheco. This paper examines and evaluates the validity of their critiques.

Keywords: Natural Theology, Science, Metaphysics.

Recibido: 3/02/2015. **Aprobado:** 3/02/2015.

Voy a ampararme en el cuestionable derecho de ser uno de los directores de *Naturaleza y Libertad* para insertar el texto que sigue. En efecto: si alguno de los árbitros que fiscalizan nuestras pretensiones de ser indexados posa sus ojos sobre el presente artículo —posibilidad a decir verdad bastante remota— no dejará de encontrar sospechoso que el original haya sido presentado y aprobado el mismo día, justo cuando el número estaba a punto de ser en-

viado a la imprenta. Pero haya o no aquí abuso de poder, puedo alegar otros dos títulos que me legitiman mejor: soy el maquetador de la revista (o sea: el encargado de recomponer la tipografía) y el corrector de pruebas *por defecto*, lo que me convierte en la única persona en el mundo que se ha leído hasta ahora (y acaso por los siglos de los siglos) la revista enterita, de cabo a rabo. Y la verdad, modestia aparte, estoy bastante satisfecho con este número. El nivel alcanzado me permite echar el borrón que sin duda supondrán estas líneas sin que la calidad del producto final sufra en demasía. Cada contribución merecería una discusión detallada de su contenido. Obviamente hacerlo me podría en la situación de aquel colegio de geógrafos sobre el que ironizó Borges, diciendo que resolvieron hacer un mapa del Imperio tan grande si no más que todo su territorio. Así que escogeré las partes que más me han aguijoneado porque se apartan de mis posiciones, atacan tesis que defienden o me sorprenden por su originalidad y aplomo.

Empezaré por la deliciosa provocación que supone la nota 1 del artículo de Martín López Corredoira. ¿Hubo o no hubo “ajuste fino” a la hora de seleccionar los intervinientes en el simposio que dio origen a la mayor parte de las contribuciones que conforman este volumen? ¿Y cómo no habría de haberlo? Aceptando la validez de la encuesta que aporta como criterio de autoridad, solo el 15 % de los filósofos en activo se declaran creyentes (en algún tipo de Divinidad), mientras que tan solo el 11’11 (periódica pura) % de nuestros ponentes se manifestaron como no-creyentes (mejor dicho, como creyentes en la creencia opuesta). Ok. Pero si contabilizamos el porcentaje de filósofos que son conocidos por los organizadores del simposio, o que están dispuestos a hablar en castellano sobre desarrollos recientes de la teología natural, o escribir una contribución y viajar a Sevilla con tan escasa retribu-

ción monetaria, o etc., etc., saldrían porcentajes mucho más pequeños que el de filósofos creyentes, de manera que ajuste fino desde luego que lo hay, pero en principio no más que el de los invitados a cualquier otro simposio, reunión, asamblea, o el de elegidos con cualquier propósito profesional, festivo o sentimental. Las afinidades electivas siempre influyen, desde luego, pero ¡en tantos sentidos! Por ejemplo, no creo que lleguen ni de lejos al 15 % los creyentes en Dios que aceptan la relevancia teológica del ajuste fino. Tampoco alcanzan ese porcentaje entre los no creyentes los que están dispuestos a emplear su tiempo y neuronas en tratar de convencernos de su irrelevancia. Por si fuera poco, muchos de los que creen o descreen y además escriben sobre el particular lo hacen de un modo tan fastidioso y soporífero que pagaría por no tener que prestarles atención. Ninguno (me atrevo a generalizar) de los que estuvimos en el evento pensamos sacar en limpio nada parecido al lucro, prestigio académico o puntos extra para la acreditación ante la Aneca y la obtención del próximo sexenio de investigación. Tampoco esperábamos reforzar el *ego* o incrementar la autoestima. Simplemente queríamos divertirnos pensando y discutiendo con viejos y nuevos amigos sobre temas que nos apasionan. Por añadidura contábamos con avanzar un paso más en la aventura inquisitiva de cada uno, que de alguna manera llena de significado nuestras vidas. Planteadas así las cosas, yo lo pasé de miedo y —por lo que declaró el personal— muchos de los participantes también.

A diferencia de Martín y Javier y en armonía con los dos Pacos y algunos más, sí soy partidario del *ajuste fino*, aunque tampoco cifro en él mi esperanza de ver alguna vez el rostro de Dios. Aviado estaría si mi pasaporte a la eternidad dependiera de una especulación tan arriesgada. Con la oración recién formulada he confesado lo que pienso de la idea en cuestión: se trata

de una *especulación arriesgada*. Dicho está. Si alguien pretendía que yo lo admitiera, de buen grado lo hago. En definitiva no es otra cosa lo que asientan en sus respectivos *papers* Corredoira y Pacheco, aunque ellos agregan un matiz: para uno se trata de una especulación *demasiado* arriesgada; para otro, *ilegítimamente* arriesgada. También discrepan de mi posición (aventuro ahora una interpretación que uno u/yo podrían muy bien desmentir) en que según ellos lo dicho sobre el ajuste fino vale también para todo el ámbito de la teología natural, en la medida que quiera relacionársela con la ciencia moderna. Yo no llego tan lejos, ni mucho menos.

Un hipotético —y en este caso improbable— observador neutral podría sacar de lo dicho la consecuencia de que frente a mi alocada búsqueda de improbabilidades epistémicas soy llamado al orden por dos próceres de la parsimonia y el buen sentido. Lejos de mí pretender convertir la afirmación que sigue en un argumento *ad hominem*, pero en cuestiones de riesgo considero que *ambos son mis maestros*. Lo digo sin átomo de ironía, porque sostengo que en el campo del conocimiento el riesgo (eso sí, medido y consciente) es un valor y no un contravalor. Corredoira tiene la doble condición de científico y filósofo, y en ambas se expone como nadie. En cuanto astrofísico, pone en duda el dogma más respetado de su ciencia, la tesis de que el corrimiento al rojo de la luz procedente de las galaxias lejanas se debe a la expansión del universo. En cuanto filósofo, ha publicado libros donde arremete contra casi todas las vacas sagradas de la cultura presente, pasada y quizá futura, al tiempo que arrostra el peligro de ser estigmatizado por políticamente incorrecto. Pacheco, que nunca ha pretendido incursionar en el campo de la ciencia empírica, es uno de los filósofos más audaces y porfiados que conozco. Gran parte de mi admiración por ellos se debe a eso. Pero si es

así, ¿por qué censuran ambos mi en comparación tímido atrevimiento? ¿Acaso pretenden monopolizar las investigaciones aventuradas? No hay tal. Lejos estoy de acusarles de acaparadores y exclusivistas. Ocurre simplemente que a su manera ambos defienden el *dualismo* epistémico. Y ahí la discrepancia es muy marcada. Corredoira es arriesgado como científico y como filósofo, pero se niega a confundir géneros y riesgos. Pacheco siente como tierra lejana y hostil la ciencia, y aconseja la prudencia a quien se interne en ella. En casa, eso es, cuando hace metafísica, nadie más lanzado que él. Siendo tan diferentes, los dos se dan la mano en los terrenos fronterizos entre ambas disciplinas. Diría que para ellos no hay una zona interpuesta que sea de todos ni tampoco una tierra de nadie en la que uno pueda campar libremente por sus respetos. Mejor saltar con pértiga y pasar bruscamente de una región a otra o, si no hay más remedio que atravesar paisajes limítrofes, hacer acopio de toda la circunspección que tan a regañadientes usan fuera de ellos. Así que difícilmente nos pondremos nunca de acuerdo: en ciencia no paso de ser un aficionado y como filósofo puro me pasa tres cuartos de lo mismo. En cambio, allí donde las vacas son pardas, pondría mi butacón, la chimenea y el cartelito de “hogar, dulce hogar”. En otras palabras, soy devoto de la unidad del conocimiento, me fascinan las zonas de la ciencia que lindan con la metafísica, así como las preguntas filosóficas que alguna luz reciben de la experiencia y los algoritmos.

No trato de ser irenista, porque estoy convencido de que tengo razón y ellos no. Quizá sobre esto podríamos discutir en vez de resignarnos a considerar que solo es una cuestión de gustos. Mis argumentos son poco sofisticados, pero los presumo sólidos. No tenemos dos cabezas sino una sola. Sería interesante comprobar por medio de la resonancia magnética funcional

si se iluminan zonas diferentes del cerebro cuando tratamos de idear una hipótesis científica prometedora y cuando nos entregamos a la elucubración metafísica. Apuesto a que serán más o menos las mismas. Si los hechos me desmintieran y se demostrase, por ejemplo, que los grados de abstracción tienen correlatos neuronales diferenciados, todavía podría apelar a la otra evidencia que alimenta mi convicción: ni Aristóteles ni los filósofos que le siguieron durante la época clásica aconsejaban llegar al tercero sin pasar por el primero. Física y metafísica iban en ellos de la mano. Asombra el batiburrillo empírico-especulativo que hay en los escritos del viejo maestro. Una cuestión tan física como las esferas compensatorias que evitan fricciones de las órbitas planetarias no la trata en el *Sobre el cielo*, sino en el libro doce de la *Metafísica* (1073a-1074a). En cambio, la especulación sobre Dios y el motor inmóvil, asómbrense los desprevenidos, figura en el libro octavo de la *Física* (266a-267b). Es cierto que Aristóteles llama a la metafísica *Filosofía primera*, pero genéticamente considerada más bien debiera haberla llamado *Filosofía última*, porque lo primero en el orden del ser no va por delante en el orden del conocer. En este sentido, acertó el bibliotecario que bautizó los escritos correspondientes como *meta*-físicos. Contamos además con la tajante afirmación de que, de no haber más sustancias que las materiales, la física sería sin equívoco la ciencia primera (1026a-b).

El filósofo responsable de que la metafísica antecediase también heurísticamente a las otras partes del saber racional es Descartes (*Principios de filosofía*, A.T. IX-2: 14). Fue él quien hizo de esa ciencia primero semilla y luego raíz de las otras. Por aquella época los aristotélicos habían tenido que soportar cómo Galileo hacía trizas su física, golpe del que algunos todavía no se han recuperado. Así se explica que se produjera una peculiar *cartesianiza-*

ción del aristotelismo: dieron en pensar que no convenía empezar como antes por una física que había quedado tan arruinada, sino hacer de la metafísica misma soporte y basamento de todo lo demás. Eso, claro está, se lo podía permitir Descartes por su racionalismo y porque admitía la existencia de ideas innatas, pero hacía una violencia insufrible al empirismo del estagirita. Además, pronto le tocó a la propia física cartesiana el turno de derrumbarse, esta vez bajo la piqueta de Newton. Así pues, la metafísica de Aristóteles se quedó sin nada *debajo* de ella; la de Descartes sin nada *encima* con qué cubrirse. Tampoco había forma de colocar la triunfante física newtoniana debajo de la una ni encima de la otra. Durante un tiempo todos se sintieron incómodos y muy en particular los aristotélico-cartesianos, ya que su metafísica no tenía nada *ni encima ni debajo*: rozaba el solipsismo epistémico. Y entonces llegó su salvador: Kant, el cual les curó la preocupación, ya que propuso alojar las disciplinas en compartimentos estancos: entre santa (la metafísica) y santo (el saber empírico), pared de cal y canto. Dicho de otro modo: abrió entre la ciencia y la filosofía (restrictivamente considerada) un hueco tan enorme, que ni siquiera un dios tapagujeros como el de Newton o Paley hubiera sido capaz de rellenar. Es cierto que el filósofo prusiano negó a la metafísica sustantividad teórica e intentó convertirla en medianera epistemológica universal, pero eso resultó ser en comparación *peccata minuta*, pues ni siquiera los continuadores naturales de Kant —los idealistas alemanes— se lo tomaron en serio. Así pues, el tambaleante cartesio-aristotelismo fue a su vez convenientemente kantianizado, y de esta manera se renunció de *facto* al ideal de la unidad del saber, que tan vigorosamente habían defendido Aristóteles, Descartes y todos los grandes filósofos hasta el siglo XVIII. Esa sí que fue una revolución intelectual que dejó chica a la co-

pernicana. Para introducir un cambio tan significativo Kant (que era de corta estatura y estrecho pecho) tuvo que valerse de unas muletas prestadas por Hume (el tantas veces encomiado despertar del sueño dogmático). Entre los dos montaron un altar en honor de la fragmentación epistémica sobre cuya ara efectuaron cuantos sacrificios de disciplinas que fueron despojadas de rango y respetabilidad, para ser arrojadas a las tinieblas exteriores del pseudosaber. La primera víctima que ardió en su pequeña hoguera fue, desde luego, la *teología natural*, a pesar de que ambos demostraron tener un corazoncito para la prueba teleológica de la existencia de Dios, poniéndose en ocasión próxima de aceptarla¹. Sin haber superado del todo la tentación, optaron por diluir sus efectos en nombre de la prudencia: había *demasiado riesgo* en redondear el argumento, requería efectuar extrapolaciones dudosas, asimilar lo inmenso a lo infinito, lo sabio a lo omnisciente y lo poderoso a lo omnipotente. Ellos pedían certezas, evidencias, juicios *a priori*, y no parecía que elevarse a partir de mil comprobaciones empíricas de la creación al Creador ofreciera las garantías exigidas. En otras palabras, en lo tocante a teología natural Hume y Kant *decidieron no correr riesgos* y su ejemplo ha sido seguido por muchísimos, López Corredoira y Hernández-Pacheco incluidos. No deseo convertir a estos últimos en villanos del cuento, sino en damnificados. Ellos al menos confiesan que su rechazo del riesgo no es indiscriminado. A veces se arriesgan y a veces no.

1 Véanse Hume, *Dialogues concerning natural religion*, XII, GG, II, 467; Kant, *KrV*, A 825-7, B 853-5.

Martín, por ejemplo, se atreve a afirmar contra la inmensa mayoría de sus colegas que dos formaciones estelares visualmente adyacentes están de hecho una a continuación de la otra, a pesar de que su *redshift* (corrimiento al rojo) es muy diferente. Tampoco duda en proponer que echemos por la borda la civilización tecnológica y volvamos a vivir de las bellotas que caen de los árboles. Pero, eso sí, cuando se trata de sacar consecuencias del ajuste fino de constantes y leyes, aconseja ir con pies de plomo:

Primero hay que producir esa teoría que dé los valores de las constantes de la Física o bien la distribución de probabilidades de que adopten un cierto valor, y luego, si hay algo así como un *ajuste fino*, podemos especular sobre las causas. Pero no hay tal teoría aún, y pensar que el número de combinaciones de leyes y constantes físicas capaces de dar lugar a la existencia de vida de características similares a la nuestra es pequeño comparado con el total de combinaciones de leyes y constantes posibles no pasa de ser una mera especulación gratuita. No sabemos nada, por ahora no hay ninguna información sobre el número de combinaciones posibles, no sabemos si es grande o pequeño o si hay un único valor posible (López Corredoira, p. 92).

Podríamos sospechar que este súbito ataque de continencia y precaución obedece a un rechazo prejuicioso de eventuales consecuencias teístas del dichoso *ajuste fino*. Sin embargo, nobleza obliga, igual de tajante se muestra al rechazar las especulaciones sobre *multiversos*, miradas con mayor simpatía por los ateos²:

² Como apunta Francisco Soler en una aguda observación de su artículo (Soler, pp. 129-130).

El ajuste fino de la naturaleza. Replanteamientos contemporáneos de la teología natural

Hay variaciones sobre el tema, y algunos cosmólogos han señalado que el ajuste fino de las constantes de la física necesario para dar origen a la vida no es sino una prueba la existencia de infinidad de Universos paralelos, [...] Es lo que se conoce como la hipótesis del multiverso. Aquí no hay ningún plan de un relojero que ajuste finamente nada, solo un efecto de selección de Universos en el cual uno de los que vale para generar vida es el nuestro. Personalmente, pienso que tanto una como otra propuesta son un hablar por no estar callado, una especulación gratuita que no puede llevar a ninguna conclusión firme (López Corredoira, p. 89).

No hay, por consiguiente, nada personal en el asunto. Solo ocurre que a Corredoira le gustan los riesgos científicos y los riesgos filosóficos, *pero no los riesgos combinados científico-filosóficos*. Es por tanto una víctima más de Kant y los restantes encantadores de serpientes que han fragmentado el saber.

* * *

En cuanto a Javier Hernández Pacheco, bien se podría decir de él lo que de *Juan Charrasqueado* cantaba Jorge Negrete: que “era valiente y arriesgado en el amor...” a la sabiduría. Esa cualidad suya es de dominio público. ¡Ah!, amigo mío, pero cuando topamos con las cinco vías de acceso a la existencia de Dios, o al menos con la quinta, también él se calza las botas de la templanza especulativa. Y si lo hace no es porque “*no se atreva*”, no. Lo hace precisamente porque *se atreve* a poner un “techo de cristal”, invisible pero inquebrantable, sobre la especulación que parte de los hechos, techo que la confina dentro del orbe de los meros hechos. ¡Pobre ingenuo quien intente trascenderlos sin sacar de su arsenal un recurso radicalmente diferente! Con las armas de la ciencia, que son las de la *empireia* y el *mathema*, no hay ma-

nera de salir de la jaula, porque la “«fundamentación» se convierte entonces, más bien, en «efectuación»” (Hernández-Pacheco, p. 61). En vano barajará una y otra vez sus marcados naipes, echará una y mil veces al aire sus desgastadas tabas. De antemano sabemos que resultará una nueva combinación, un remitir de lo semejante a lo semejante, el hallazgo de una condición que siempre será ella misma condicionada. Literalmente es el juego de “nunca acabar”, y la pretensión de encaminarse por esta vía a un saber último solo se explica —siempre según él— por una inconsciente comisión de la falacia *ignoratio elenchi*. Así queda prefigurado el destino del científico, que al mismo tiempo es exitoso y trivial hasta la muerte por aburrimiento. Pacheco cierra precisamente su manifiesto profetizando que la ciencia en su soledad acaba siendo víctima del tedio (Hernández-Pacheco, pp. 65-66). El filósofo, la versión moderna de esa antigua figura, carece de la paciencia del vecino para bregar con observaciones y experimentos, y tampoco llega muy lejos cuanto pretende remedar sus cálculos. Pero ha advertido que hay una escondida puerta que da acceso a los motores inmóviles, causas incausadas, principios no principados, determinantes indeterminados, fines inmediatizables y quién sabe cuántas cosas más. No solo la ha detectado, sino que posee además el arte o la cuquería para llegar hasta ella y de un modo u otro franquearla. Solo por esa cancela se consigue salvar la “diferencia ontológica”. Tras ella puede uno abandonar el límite mental y celebrar bodas místicas con el *actus essendi*, el ente en cuanto ente, o —mejor aun— el ser que está más allá del ente, o —incluso— la realidad “de suyo” que, en efecto, es muy suya. Y así sucesivamente. Se equivocará quien piense que pretendo burlarme de todas estas especulaciones. En todo caso respiraría por la herida, pues he sido y soy discípulo de Leonardo Polo y al mismo tiempo radicalmente incapaz de

acceder a su inaccesible método de acceso a tan recónditas verdades. Pero creo que puedo decir sin asomo de amargura que hace mucho tiempo asumí los límites de mi capacidad especulativa. No solo me conformo con la que Dios me ha dado, sino que no tengo la menor intención de cuestionar que otras formas más sublimes de hacer filosofía sean practicables y legítimas, valiosas y dignas de los esfuerzos que requiere su práctica. Todo lo contrario. Lo que impugno es la pretensión de que esas indagaciones sean *las únicas* que merecen ser reconocidas como *filosóficas*. Quiero hacerme la ilusión de que Javier condescenderá a mi pretensión, porque, aunque sitúa a Tales y Anaxímenes muy por debajo de Anaximandro (primer indagador de lo *radicalmente otro*), no acaba de degradarlos a científicos rasos. El mismo Tales que supo prever una excelente cosecha de aceitunas también se puso a discurrir sobre el origen último o primero de todas las cosas, aunque lo hiciera desde el más acá de la diferencia ontológica y su encuesta quedara finalmente en agua... de borrajas. No se dio cuenta de que hay que percibir lo que está más allá de lo perceptible, pensar lo que trasciende a lo pensable y conceptualizar lo inconceptuable. ¡Qué le vamos a hacer!

A pesar de mi enérgico cuestionamiento de la propuesta de Hernández-Pacheco, lo cierto es que en el fondo estoy de acuerdo con él. Mi discrepancia no es profunda, sino superficial. Sin embargo, es justo en la superficie del asunto donde se ventila el destino de las relaciones entre ciencia y filosofía. ¡Por supuesto que la diferencia ontológica es un tema muy serio! Pero mi admirado colega y compadre (soy padrino de un hijo suyo) parece creer que basta con estar preocupado por ella para entrar en un recinto epistémico diferente. Yo opino que nos afecta casi por igual a todos. Los científicos persuadidos de que su concepto de fuerza coincide al ciento por ciento con lo

que hace que unos cuerpos muevan a otros cometen desde luego un error garrafal, que es más o menos simétrico y contrapuesto al de los filósofos que se creen autores de pensamientos que superan por elevación todos nuestros hándicaps intelectuales, simplemente por haber meditado un poco sobre la distancia que hay entre lo que pensamos y aquello sobre lo que pensamos. Hacerse consciente de una dificultad no es *superarla*, es *tomar buena nota* de ella. Y lo más notable del problema representado por la diferencia ontológica consiste en que se trata de un problema *insuperable*. Si pudiera ser computada sobre una escala, como la presión de un gas o la temperatura de un cuerpo, mediría la esencial imperfección del conocimiento humano, o sea, la finitud de nuestra mente. Los árboles vistos no son los árboles que son, la belleza concebida no es la belleza poseída, los conceptos no agotan —ni siquiera cuando son máximamente adecuados— aquello que conceptúan. Eso pasa con las observaciones que lleva a cabo el físico experimental y con las ecuaciones que escribe el físico teórico. En efecto. Pero no pasa menos con las reducciones eidéticas del fenomenólogo, las abstracciones del metafísico, los análisis del filósofo del lenguaje, o las interpretaciones del hermeuta. Ningún gremio cognitivo alcanza nunca al cien por cien lo que en un principio se propuso, ni tampoco tiene por qué ser ninguno de ellos menos consciente que los demás de sus propios límites y en definitiva del fracaso que acarrea maximizar sus pretensiones. El yo pensado no piensa, los táleros posibles no levantan hipotecas reales, los electrones conceptuales no giran alrededor de los núcleos de los átomos y así todo lo demás. Describir o explicar, fundamentar o efectuar, prever o comprender, inducir o deducir, analizar o sintetizar, etc. etc., no suponen en este sentido diferencias sustanciales. Todos los verbos, como todos los sustantivos y adjetivos, tienen

su cara y su cruz, su parte de verdad y también de mentira o error. El científico no agota la inteligibilidad de lo real, en efecto. El metafísico, tampoco. Quien pretende abandonar el límite mental no está menos sujeto a dicho límite que el que se resigna a moverse más acá de él. Lo malo del conflicto de las interpretaciones no es que no se pueda evitar, sino que no aprendemos a sacar partido de él. Y no aprendemos porque nos empeñamos en cerrar las escotillas y cegar los canales de comunicación. El “Dios” de los científicos no es el auténtico y verdadero Dios ni camina sobre las aguas. De acuerdo. El de los metafísicos, tampoco. Ni el de los teólogos, poetas, literatos, moralistas, artistas... Si me apuran, diré que ni siquiera lo es — aunque camine sobre las aguas— el de los místicos o los santos. Ahí se equivocó Pascal. Y es que, claro está, Dios es demasiado grande para nosotros los hombres, incluso para aquellos de nosotros que levitan. Pero los límites de todos nuestros discursos acerca de Dios también reaparecen cuando hablamos de una modesta manzana y hasta de una modestísima cáscara de cacahuete. Todo se nos desliza de entre las manos, no hay red que no deje escapar lo más importante. Y sin embargo, sostengo que el Dios de los científicos, como el de todos los demás colectivos, merece ser escrito con mayúsculas cuando quien escribe o pronuncia la palabra es consciente de la imperfección del acto que lleva a cabo. Y aunque solo sean los metafísicos los que hablan de la diferencia ontológica, la verdad de esa noción es tan básica que no hay hombre cabal que no sepa de ella todo cuanto hay que saber.

Penzias, uno de los descubridores de la radiación de fondo, era hombre de fe y estaba entusiasmado con el sentido teológico que otorgaba a la magna explosión estudiada por los cosmólogos. Javier tiene razón cuando dice que identificar esta o cualquier otra singularidad encontrada por la ciencia con la

misma acción creadora de Dios es una ingenuidad mayúscula, un poco como el caso de aquel sevillano (salvo que ese lo decía con un poco de guasa) para quien la Virgen propiamente dicha era la Macarena y todas las demás, meras advocaciones. También concedo a mi vecino de despacho que es consustancial a la ciencia intentar disipar cualquier singularidad, buscar un *plus ultra* tras cualquier solución pretendidamente final. Pero tampoco Penzias se chupaba el dedo, porque, cuando le hicieron ver que podría haber un “antes” del *big bang* que la ciencia llegaría a descubrir algún día, simplemente comentó algo así como: “Me parece muy bien, pero hasta que eso ocurra, podemos arreglárnoslas bastante bien con la gran explosión...” Habrá quien piense que reaccionar así denota cinismo o falta de seriedad. Yo creo más bien que Penzias sabía que, aunque se llegue a encontrar una continuidad subyacente en virtud de la cual la singularidad del *big bang* resulte solo aparente, tampoco esa presunta continuidad aun desconocida tiene por qué ser absoluta. De igual forma puede resultar aparente y descansar sobre una segunda y más profunda singularidad. Y así sucesivamente. ¿O no? Tan gratuito es afirmar que esta singularidad o aquella continuidad concreta es la última y definitiva, como estar convencido que la carrera de relevos explicativos no tiene fin. Ninguna alternativa teórica es *a priori* superior a sus competidoras, ni siquiera la que implícitamente presupone Hernández-Pacheco, esto es, que estamos ante un juego ininterrumpido de muñecas rusas. En lo que se refiere al caso, la ciencia no tiene de entrada una opción preferente por el teísmo, el ateísmo o el agnosticismo. Una cosa es que trate de buscar por debajo de la última singularidad (y también debajo de la última continuidad) hasta hoy encontrada, y otra que esté segura de que este proceso va a ser como el rayo que no cesa. Aquí los que contemplan la ciencia desde fuera tienen una

visión algo simplista. Conste que tampoco me postulo yo mismo como autoridad inapelable al respecto, pero sí me siento autorizado a cuestionar la idea de que la ciencia va cambiando de opinión como de chaqueta, o que toda verdad científica es provisional y por tanto ilusoria, y que ninguna propuesta suya puede ni de lejos aspirar a la categoría de verdad eterna. Las que siempre son incompletas y revisables son las pruebas y evidencias que avalan cualquier afirmación dada. Por eso no es descartable que una proposición concreta tenga que ser reformulada e incluso negada antes o después. Además, tanto la semántica como la sintaxis de los lenguajes humanos —incluso el lenguaje científico— varían con el tiempo, lo cual produce distorsiones, y los significados van cambiando lentamente. Sin embargo, considerada globalmente, la ciencia no sigue una trayectoria errática, sino que con fluctuaciones va convergiendo en la mayoría de sus dominios. Por ejemplo, la distinción entre animales y plantas sigue teniendo la misma vigencia que en tiempo de Aristóteles. No me importaría poner la mano en el fuego para sostener la tesis de que en la reproducción sexual tanto el macho como la hembra contribuyen formalmente a la producción de la semilla del nuevo ser, tesis largo tiempo controvertida, pero a mi juicio definitivamente asentada. Como ella hay miles. Sorpresas, insisto, se dan y seguirán dándose, pero el tanto porcentual de ellas se va reduciendo. Lo que el científico de raza busca no es la verdad para hoy o para mañana, sino la verdad a secas. Es modesto con respecto a los resultados que alcanza, pero sus pretensiones son ambiciosas. Exactamente igual, diría, que los filósofos cuando no son decadentes. Permítanseme un par de casos más para definir mi postura. A veces se dice: igual que Galileo desmintió a Aristóteles, Descartes desmintió a Galileo, Newton a Descartes, Einstein a Newton y así

sucesivamente. Sí y no. Con respecto a la fuerza de gravedad, la propuesta de Aristóteles era demasiado mala y la de Galileo demasiado particular. La confrontación entre Descartes y Newton (que asumieron sin problemas la parcial contribución de Galileo) fue la primera apuesta teórica global seria al respecto y se saldó con un triunfo neto e inequívoco del inglés, cuya teoría era y es muy satisfactoria pero no del todo universal. Lo que hace Einstein es refrendar casi literalmente la teoría de su predecesor y modificarla significativamente en casos no contemplados por él (la vecindad de grandes concentraciones de masa y energía). Sabemos que la solución einsteiniana no es completamente universal (aparecen en ella singularidades), de manera que ya hay candidatas a completarla (las teorías de gravedad cuántica). Por ahora son insatisfactorias. Pero nadie duda seriamente de que cuando alguien consiga una formulación madura, volverá a dar el espaldarazo a Newton para curvaturas del espacio-tiempo pequeñas y a Einstein para curvaturas medianas. La ciencia, en este como en casi todos los casos, se parece más a una cooperativa de pintores que sucesivamente van retocando y ampliando el cuadro que pintaron otros, y no a una batería de iconoclastas que se dedican a destrozarse lo que antes se hizo para partir de cero. El fenómeno más frecuente y universal de la historia de la ciencia es la *convergencia*: convergencia hacia una verdad única que se busca. Esta convergencia está tutelada por un doble sentimiento de confianza y desconfianza: confianza en que el caudal de verdades por descubrir no se agotará en un futuro previsible; desconfianza hacia cualquier rasgo de autocomplacencia y contra la creencia tanto de que ya no queda nada por hacer, como de que nada se ha hecho. Fijémonos en el asunto de los principios (*archai*) de la materia. Tras milenios de dar tumbos de aquí para allá, los químicos generaron un primer consenso a partir de

principios del siglo XIX en torno a la noción de “átomo químico”. Cien años después, los físicos prolongaron su propuesta con la de “partícula subatómica”. En el siglo que siguió, se nos habló de dos familias de partículas, los “bosones” y los “fermiones”. Los fermiones se subdividieron en “leptones” y “hadrones”. Bajo los hadrones se hallaron los “quarks”, y ahora se pugna por ver si tras bosones, quarks y leptones hay o no unas cosas que los entendidos llaman “supercuerdas”. Tal vez se confirme su existencia, tal vez no. Supongamos que lo haga. ¿No sería otra escala intermedia más? ¿No cabría esperar que bajo las supercuerdas aparezcan... no sé... “ganchos retorcidos”, después “minipompas”, “palomitillas de maíz” y así sin parar aunque nos cansemos? La especulación es libre, pero cualquiera que sea sensato y esté bien informado dirá que no, que no es probable, porque hasta ahora cada vez que se ha bajado un escalón ha sido buscando mayor unificación y una explicación más sintética de lo que había encima. El mundo que investigamos es ciertamente complicado, pero de vez en cuando a alguien se le ocurre un principio que resume una parte de esa diversidad. Un segundo principio subyacente al primero integra y simplifica todavía más. La complejidad de los fenómenos no es infinita y, tras siglos de unificación, todo empieza a encajar; no son tantos los cabos que van quedando sueltos. También es cierto que cada día resulta más dificultoso dar un nuevo paso hacia adelante, quiero decir, hacia abajo. Esta circunstancia, más que debilitar, refuerza la tesis que sostengo: bien porque ya no sean necesarios, bien porque va a llegar un momento en que no seamos capaces de darlos, no está nada claro que vayamos a seguir avanzando sin término... en esa dirección. Los días de la investigación del *arché* pueden muy bien estar contados, del mismo modo que está contado, cerrado y archivado el número de sólidos regulares en un espacio tridimensional euclidiano

o el número de montañas de más de ocho mil metros de altura en el planeta Tierra. Lo cual, insisto una vez más, no significa que la verdad absoluta esté al alcance de la razón científica, como tampoco lo está al de la razón filosófica. Pero una convergencia satisfactoria con la verdad puede alcanzarse en unas pocas e incluso en muchas de las vertientes de aproximación hacia ella, aunque en otras vertientes hay signos evidentes de estancamiento, cuando no se tropieza con aporías insolubles.

Si no he malentendido del todo la posición de Javier, él niega que haya real convergencia con la verdad en ningún campo de la ciencia, no solo porque es mucho menos optimista que yo sobre la existencia de consensos teóricos definitivos dentro de ella, sino porque, caso de darse, estarían basados en aspectos muy tangenciales de la verdad “propiamente dicha”, y para nada afectarían a los que son de verdad relevantes, o sea, los que interesan a los filósofos. Por mi parte, niego que se pueda trazar tipo alguno de “fronteras sagradas” entre lo científico y lo filosófico. Desde luego, las que él propone no me valen. Presupone que en el repertorio de soluciones al alcance del científico está excluido *a priori* lo incondicionado. No es verdad. Lo que al científico interesa es conseguir unificar con un afán tan desmedido que para él el fin justifica los medios. Si solo apelando a lo incondicionado consiguiese salir de algún atolladero, estoy seguro que lo haría con los ojos cerrados, mejor dicho, que los cerraría una vez comprobada la inexistencia de otras alternativas más baratas. ¿No defendieron los partidarios de la teoría del estado estacionario el surgimiento de la materia directamente de la nada (no del vacío cuántico, sino de la nada-nada)? ¿No hablan de energías negativas ciertos representantes de los modelos inflacionarios, para que el universo entero pueda ser un juego de suma cero? ¿No ha propuesto Tegmark que lo

real literalmente se convierte con lo posible? Y si nos remontamos un poco, el gran Robert Boyle afirmó repetidamente. “*That these excluders of the Deity make but imperfect explications of the phaenomena of nature*”³. Descartes, Newton y Leibniz mezclaron consideraciones físicas y teológicas no solo en libros apologéticos o correspondencias privadas, sino en obras científicas capitales, como el *Tratado de la luz*, la *Óptica* o el *Dynamica de potentia*. Ya en el siglo XVIII, el descubridor del principio de mínima acción (capital para unificar la mecánica y otras ramas de la física) extrajo de él nada menos que “una prueba de la existencia de Dios”⁴ y, a mayor abundancia, en pleno XIX Laplace hacía de Dios “una hipótesis prescindible” (¡pero digna de ser considerada!)⁵, Darwin veía en la selección natural la respuesta más ajustada al problema del mal⁶, mientras que Maxwell cifraba en la sensibilidad de los sistemas dinámicos a las condiciones iniciales el secreto de la libertad humana⁷. En el

3 R. Boyle, *Concerning a requisite Digression concerning those, that would exclude the Deity from intermeddling with Matter*, en *The Works*, London, 1772, II, p. 36.

4 Véase P. L. M. Maupertuis, “Examen philosophique de la preuve de l'existence de Dieu employée dans *l'Essay de Cosmologie*”, HAR (1756), 1758, pp. 389-424; reprint: *Oeuvres*, Hildesheim, Olms, 1974, vol. 1.

5 Nótese que una cosa es “prescindible” y otra muy distinta “absurda”, “ilégitima” o “acientífica”. De no haber contado con una teoría de las perturbaciones que le permitió dar mayor estabilidad a las órbitas planetarias, es muy probable que hubiese tenido que seguir recurriendo a la Divinidad. Con dicha teoría dejó de necesitar recurrir a ella *en ese plano explicativo*. ¿Lo consiguió en todos? Por supuesto que no.

6 Véase Ch. Darwin, *Autobiografía*, Madrid, Alianza, 1977, pp. 112-114.

7 Véase J. C. Maxwell, *On the Final State of a System of Molecules in motion subject to forces of any kind*, 1873, en: *The Scientific Papers of James Clerk Maxwell*, Volume 2, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.

siglo XX, Einstein se negaba a modificar en el sentido científicamente más plausible su ecuación del universo, porque si no, “*cela suggère trop la création*”⁸. ¿Todos se equivocaron, todos lo hicieron mal? Es posible que sí, pero no deja de ser presuntuoso que pretendamos saber cuáles son los genuinos límites de la ciencia mucho mejor que las más descollantes figuras que la crearon y llevaron a su plenitud.

A estas alturas de mi alegato temo haber dado motivos suficientes para que se sospeche que trato de confundir todo lo posible la ciencia con la filosofía. No lo pretendo, aunque de hecho ambas ciencias nacieron y evolucionaron entremezcladas hasta un estadio bastante avanzado de su evolución. Les fue bastante bien mientras estuvieron así. Lo malo empezó cuando se separaron de mala manera. Aceptando que la división hoy ya es un hecho histórico irreversible, ¿cómo distinguirlos? Mi apuesta no tiene nada que ver con los grados de abstracción, la diferencia ontológica y toda esa corte de alambicadas distinciones como la que opone *erklären* y *verstehen*. La *matematización* es un rasgo importante, pero no me parece que sea necesaria ni suficiente. Sí considero imprescindible la referencia a la experiencia, y además a una experiencia comunicable intersubjetivamente, lo que en resumidas cuentas la obliga a ceñirse a la experiencia externa de los sentidos. Pero el elemento esencial tiene un carácter netamente fáctico: no hay ciencia sin el consenso de una comunidad de investigadores que acuerdan los límites del objeto que van a estudiar y la metodología que van a aplicar. Así pues, la circunscripción temática y los protocolos operativos son los que dan su

8 M. Heller, “Singularidad cosmológica y la creación del universo”, en: F. J. Soler Gil (ed.), *Dios y las Cosmologías Modernas*, Madrid, BAC, 2005, pp. 132-133

identidad a cualquier ciencia, mas ninguno de los dos tiene sentido si no hay éxito en la encuesta que propician. Una nueva ciencia nace siempre y solo cuando recibe general aceptación cierta respuesta a un interrogante que antes solo suscitaba desacuerdos. Inmediatamente después surge la pregunta: ¿Cómo se ha conseguido? Proliferan imitadores y émulos, convenciones y congresos, dotaciones de plazas universitarias, fundaciones de institutos, academias y corporaciones. El éxito es la partera de las ciencias; hasta el momento la filosofía ha sido la única forma de saber racional capaz de nutrirse de sus propios fracasos. El día que un metafísico dé con un modo convincente y eficaz de pastorear el ser, de evidenciar el sentido o sinsentido de la existencia de un modo que otros puedan remedar y desarrollar sin necesidad de ser unos genios, ese día la metafísica se convertirá en una ciencia tan respetable como todas las demás, salvo que tal vez dejará de llamarse “metafísica” y traspasará la denominación a los que se ocupen de las preguntas grandes o pequeñas que sigan mostrándose inasequibles.

Llevaría mucho tiempo discutir la adecuación del criterio, pero a estas alturas del escrito bastante será si consigo acabar de esbozar mi alternativa. Sirva esto como justificación y excusa del tono dogmático que tendrá lo que resta. En el antaño unitario panorama del conocimiento han ido surgiendo formulaciones cuyo atractivo ha estimulado su propagación. Les ha acompañado una babélica confusión de lenguas, de manera que hoy día el problema de entenderse es casi imposible de solventar. El destino más aciago ha correspondido a las disciplinas *bordeline*, con un pie apoyado en los éxitos de la rama científica de su árbol genealógico y otro enfangado en los multiseculares desengaños de su progenie filosófica. Entre estas criaturas híbridas, malformadas, de paso quebrado e inestabilidad congénita, la teología natural

física es la más temblequeante de todas. A comienzos del siglo XVIII tuvo un breve momento de esplendor y alcanzó las más altas cotas de popularidad⁹. Sin embargo, fue incapaz de resistir la corrosión de ser macerada en su propio jugo y acabó degenerando en la más ramplona apologética hecha a golpes de efecto para despertar la admiración de los palurdos. Cuán bajo podía caer el género ya lo mostró uno de sus iniciadores, el ínclito amigo de sir Isaac Newton, John Craige, en sus *Principios matemáticos de Teología Cristiana* (1699)¹⁰. Este episodio y otros igualmente penosos labraron su descrédito y explican por qué se muestran tan reticentes a reconsiderarlo los Lópezes Corredoira y Hernández Pacheco. Pero que algo se haga mal una y cien veces no implica descartarlo *in eternum*. La teología metafísica y la antiteología tienen repletos de basura sus respectivos armarios, y asomarse a la historia de la ciencia es divisar un panorama sembrado de cadáveres. ¿Acaso los despropósitos de la teoría del calórico malograron para siempre el destino de la termodinámica, o impidió la doctrina del flogisto que la química progresara después de un tiempo prudencial tras el reconocimiento de su error? Todas las ramas del saber tienen derecho a una generosa amnistía por cualquier delito cometido en su etapa juvenil. Cada clase de fruta necesita su tiempo para estar en sazón y, si se madurga demasiado la cosecha, lo que se recolecta es agraz. Esto vale para todos, pero muy en especial para los productos de la interdisciplinariedad. Solo cuando la física, química,

9 Véase J. Arana, "El debate sobre la teología física en el siglo XVIII", *Pensamiento*, vol. 50, 1994, pp. 419-434.

10 Véase Véase R. Nash, *John Craige's Mathematical Principles of Christian Theology*, Carbondale & Edwardsville, S.I.U.P., 1991.

biología y cosmología hayan llegado a la edad adulta podrán establecer colaboraciones fructíferas con una metafísica a la que ya acecha la decrepitud. Hay signos de que esto ha ocurrido ya, y en el *ajuste fino* se concretan las mejores esperanzas de que haya sucedido. Corredoira apunta maliciosamente que el ajuste no es demasiado fino, puesto que las galaxias que conocemos parecen bastante despobladas de vida inteligente. Esa objeción podría valer contra Leibniz porque afirmaba que el nuestro es el mejor de los mundos posibles, pero la teología natural de hoy se ha curado de aquellas pretensiones excesivas: a ella le basta con que estemos situados en el *ranking* de la mitad para arriba, y hay buenos argumentos para sostener que a tal fin sería suficiente la floración de una solitaria amapola en el más irrisorio planeta.

Con razón puede también sospechar mi digno adversario que todos los parámetros hoy aparentemente entregados al arbitrio del demiurgo o creador, pueden estar secretamente entrelazados, de manera que su ajuste funcionaría con la dialéctica del todo o nada. Y cosa parecida podría decirse de las leyes que por el momento se presentan deshilachadas. Acepto que nuestros tataranietos pueden muy bien descubrir que todas las leyes de la naturaleza forman tan solo un único haz, capaz de darse a sí mismo el valor de sus constantes. Mas no por ello se evaporaría el tan denostado *ajuste fino*, porque lo importante sería precisamente averiguar si tal mirífica superteoría está sola en el espacio de fases de las teorías físicas, sobre lo cual es imposible demostrar teoremas, pero a mí al menos me parece ridículo el riesgo de augurar que el número de ellas (o sea, de legislaciones cósmicas posibles) está más lejos del uno que del infinito. Además, en virtud de su increíble capacidad de unificación, tampoco hay gran peligro en pronosticar que entre todas ellas la que contemplamos ocuparía un puesto más cercano a la cabeza

que a la cola. De manera que, así considerado, el futuro del ajuste fino es aún más prometedor que el presente.

A Pacheco preocupa sin embargo que los científicos sigan porfiando y encuentren que el grano del ajuste engorda hasta perder cualquier significación teológica. ¿Quién está legitimado para excluir tal eventualidad? Me temo que ningún intelecto finito, pero lo que estoy promocionando no es un juicio apodíctico. Es una apuesta racional que no excluye el riesgo del error, sino que lo sopesa. Cuando Galileo descubrió las montañas de la luna, los partidarios de la esfericidad sin mácula de los astros objetaron que quizá dichas montañas estaban enterradas bajo una transparente y perfecta esfera cristalina. Galileo replicó que lo concedería de buen grado con tal de que se le permitiera poner encima de dicha esfera montañas diez veces mayores, también transparentes. Lo mismo haría yo con los desajustes gruesos que alegremente podemos conjeturar bajo el cúmulo de indicios que apuntan al ajuste fino. Basta recorrer con un mínimo de cuidado el exhaustivo examen que lleva a cabo en su artículo José María Valderas para sopesar la fuerza y convergencia de tanta evidencia; basta examinar la discusión entre Victor Stenger y Luke Barnes, tal como la reporta Paco Soler, para comprobar hasta qué punto es sólida la posición de los que defienden la tesis del ajuste y precaria la de quienes la rechazan; basta seguir el análisis que efectúa Paco Rodríguez Valls de la actitud de Thomas Nagel para detectar las resistencias que se oponen a sacar las últimas consecuencias del contencioso. *Eppur si muove...*

Soler resume el estado de la cuestión distinguiendo dos aspectos dentro de ella: a) el hecho del ajuste; b) la interpretación ontológica del hecho. Mucho tendrían que cambiar las cosas para que el acuerdo que se dibuja

El ajuste fino de la naturaleza. Replanteamientos contemporáneos de la teología natural

sobre lo primero no llegara a consumarse. Mucho en cambio queda por discutir sobre lo segundo. No estaría mal que tanto los científicos con curiosidad filosófica como los filósofos con sensibilidad para las aportaciones de la ciencia se pusieran decididamente a ello.

Juan Arana
jarana@us.es

ESTUDIOS

